

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PASAJE DEL COMERCIO, 11. :-: APARTADO DE CORREOS 694 :-: TELÉFONO 3.163 :-: 16 PÁGINAS, 5 CENTIMOS :-: 25 EJEMPLARES, 75 CÉNTIMOS :-: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :-: AÑO II :-: NÚM. 35 :-: MADRID, 28 FEBRERO 1916.

LA NIÑA MIMADA



Demetrio

La mamá.—¡Tienes mucho mimo; estás insoportable; tendremos que meterte en una urna para que no-te dé el polvo!...



El zapatero.

Hay días aciagos para ciertos mortales. Así ha sido hoy para un servidor de ustedes.

Me disponía a comenzar mi labor cotidiana, cuando unos golpes estrepitosos, dados en la puerta de mi cuarto, me han sorprendido.

—¿Quién es?— pregunto, pensando si será Martínez Sierra, que pega con la cabeza en la puerta.

En el balcón



Mirando al fondo de la habitación.

—¡Calle! ¿qué hace mi primito con mi retrato? ¡Anda!, ¿pues no se lo lleva a su cuarto? ¡Pobre chico!

—El zapatero — contestan —, que le trae la factura de los zapatos.

—Dígale que pase; que va a cobrar— exclamo, iracundo.

E irrumpió el bueno del zapatero, y me deshice en excusas, que aceptó con gran trabajo y con unas frascetas de un calibre que me hicieron sospechar si sería yo el que allí "cobraba".

—¡Oh, zapatero sin alma!

—¿Por qué me atormentáis? ¿Por qué no me dejáis libre algún tiempo? ¿Pueden causarle algún placer esos zapatos a quien tanto le aprietan? No.

Sólo pueden hacerle... Callo. No quiero deshacerme en improprios. Supongo que algún lector sufrirá de este mal, y no quiero recordárselo.

Tiene bastante.

Bien, sí, pero no—como dice un catedrático de Economía de una Escuela especial—; no es eso lo que dirán estos industriales.

Ellos dirán: Cuando usted se "postinea" con sus zapatitos por las "ruas" de Prast y del madroño, no recuerda que me debe a mí ese ornato de su personalidad y la cuenta.

Y tienen razón; porque, ¿qué hay que nos enorgullezca más y nos haga agradables que unos zapatos nuevos?

Y en la mujer, ¿hay alguna atracción más seductora que un pie monino calzado con diminuto y elegante zapatito? Naturalmente que no.

Esas muchachitas de cuerpo de primavera y cara de verbena, que marcan un andar menudito, acompasado con el golpe que, al chocar contra el suelo, produce el tacón elevado de un zapato diminuto, subyugan.

Ese ruido chocante, atrae.

La vista sigue, encantada, los movimientos ligeros de aquel zapato de charol, con su hebilla, donde refule un brillante, y su lazo de terciopelo, que cubre casi toda la punta del pie, y su descote,

que muestra la fina media; que transparente la carne rosa, y que, marcando el tobillo, redondo y armonioso, deja adivinar, en su ascensión divina, el arranque de la pierna modelada.

¡Oh, cuántos pensarán en la ascensión!

Seamos, pues, justos, y no injuriemos a quien tantas delicias nos proporciona. Agradecámosles sus desvelos por hacernos la vida deliciosa. Reconozcamos sus justas pretensiones; pero... no les paguemos. Así no serán nunca olvidados.

Pensemos que no sólo el fin de la belleza cumplen, sino también el de la comodidad, porque, si no tuviéramos zapatos, nos haríamos mucho daño en el pie cuando tenemos que dar una patada a un inoportuno.

Si no fuera por ellos, no tendrían vasisa los reyes donde depositar su obsesio el día de su festividad. Y andaríamos descalzos. Y... no habría escrito yo este articulo.

Manuel Guío.

Compre usted a primeros de Marzo la revista
FRIVOLA

LAS LIMAS

(CUENTO)

Un escritor notable ha llamado a la mujer sonámbula perpetua... Muy puesto en razón es, en verdad, tal calificativo, sobre todo, si se aplica a una dama encantadora, toda perfecciones y atractivos, que empieza a experimentar la alegría del vivir...

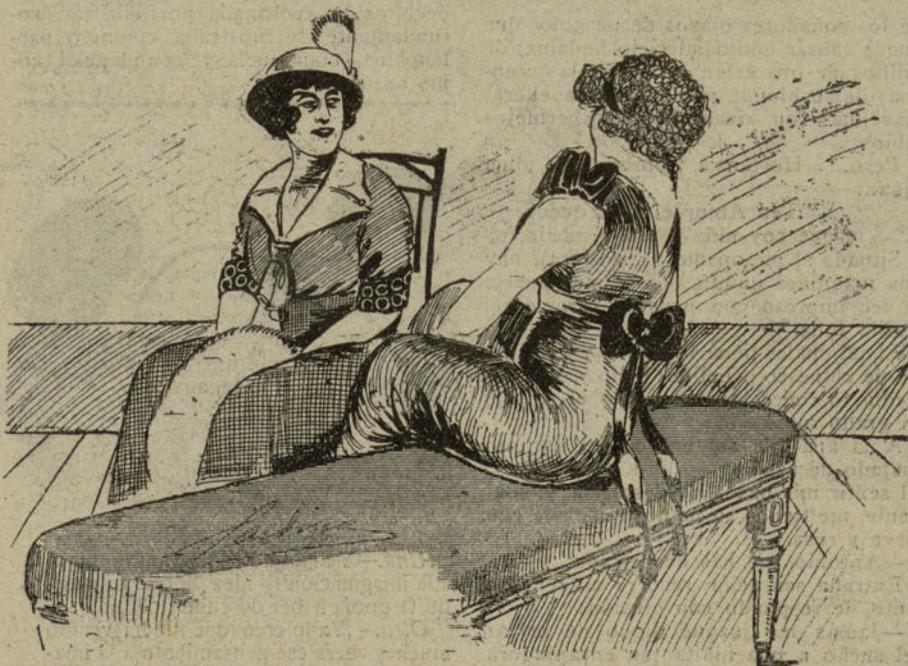
¡Sonámbula perpetua!... ¡¡Sí!! En el brillo pasional de su fascinadora mirada hace la mujer que adivinemos un mundo de misterios... Sus labios de fresa, al entreabrirse con mágico aleteo de mariposillas locas ofrendan inenarrables promesas... Hasta el cariño que sabe brindarnos, es obra de un sonambulismo tan delicioso que nos hace dichosos la sola idea de su perpetuidad...

¿Quién es Hortensia?

Hortensia es una de tantas sonámbulas...

¿Niña o mujer?... ¡Quién sabe!... Por algo le llaman sus amigas "Cabecita loca". Y, sin embargo, ninguna de ellas puede compararse con la protagonista de este mi cuento...

Hortensia ha recibido diez y siete visitas de la bien amada estación de las flores—¡es mujer!—. Rubia, muy rubia, tie-



—¿Pero cual de los dos te paga la casa, el viejo o el joven?

—Te diré; la casa la paga el viejo, pero el que la ocupa es el joven.

EL VIEJO VERDE



—Yo creo que lo que ha hecho Pepe conmigo, no está bien: dejarme que me case con otro hombre para después cirtarme todos los días por todos los reservados; vamos yo creo que no está bien!

ne los soñadores ojazos de un color que puede causar enojos al cielo andaluz; de hilillos de oro están formadas las crechas de su blonda y adundosa cabellera; clavelinas sin rival, son sus bermejos labios...

Pero... Hortensia, posee un alma niña...

**“Ten Amor el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.”**

Situada al pie mismo de la sierra, hay una magnífica quinta, sobre cuya puerta se lee impreso con gruesos caracteres: “Villa Julia.”

El tal chalet tiene la forma y apariencia de chinesco pabellón; bello y dilatado jardín lo rodea, hermoheando el paisaje en grado sumo...

A la apacible sombra de un naranjo cuajado de azahar, dormita Hortensia... Al sentir mis pasos, se despierta, y, sonriente, me tiende su mano modelada con nieve y rosa.

—Antonio, me has despertado...

Extraña sensación recorre mi ser. En tanto, le respondo con efusión:

—Jamás me juzgué digno de privar del sueño a una niña tan encantadora como tú...

Hortensia permanece con su mano

abandonada entre las mías. Tiene los azules ojazos fijos en mi y su linda boca me sonríe...

—Cómo has dicho... ¿Niña?

—¡Sí! Cuando quiero mucho a una mujer la llamo así...

Ella, con marcada curiosidad, pregunta al instante:

—¿Tú me quieres?...

—¡Con el alma y la vida!

—Pues pierdes el tiempo lastimosamente, amiguito, porque lo que es yo, no te quiero...

No tuve tiempo para replicar. Hortensia salió corriendo, desgranando las perlas de una risa que, si bien en algunas ocasiones hubo de enloquecerme, entonces sólo venía a aumentar mi aficción a causa de tamaño desdén...

El dulce fruto del limero.

Después de lo sucedido, transcurrió mucho tiempo sin que yo volviese a visitar “Villa Julia”. Me sentía herido en mi amor propio, en mi vanidad de hombre amante...

Al fin, cierto día concebí la idea de visitar a la familia de Hortensia, con el exclusivo objeto de demostrar a mi rubia amigueta que sus desdenes habían dejado en mi corazón una insignificante huella...

Así lo hice, notando con extrañeza que Hortensia, a pesar de mi amorosa declaración rechazada por ella tan rotundamente, se mostraba conmigo parlanchina, coquetuela y confidencial como antes...



Una.—Y a ti ¿no te ha venido nunca a la imaginación la idea de que tu marido te podía haber descubierto?

Otra.—¡Ya lo creo que me ha venido muchas veces ese pensamiento a la imaginación; pero hay algo que puede más que mi voluntad!



Una.—¿Te hablaba Julia de mí? Mal, ¿verdad?

La otra.—¡Al contrario: decía que, a pesar de tu belleza, ninguno había intentado hacerte olvidar tus deberes de casada...

Una (indignada).—¿Y eso es hablar bien de mí?

Después de hablar de asuntos varios, Hortensia me interrogó:

—¿Quieres acompañarme al jardín?... Verás las gallinitas de Guinea que le han regalado a papá...

Titubeé unos instantes antes de responder; pero al fin contesté lacónicamente:

—¡Vamos!

Hortensia corría por el jardín de uno a otro lado palmoteando bulliciosamente, como una perfecta chiquilla; yo caminaba silencioso y pensativo...

De pronto mi amiga se detuvo al pie de un árbol, exclamando:

—Antonio, ¿te gustan las limas?...

—Mucho. ¿Y a ti?...

—¡Con delirio! ¿Si vieras qué buenas son estas?

Acompañando la acción a la palabra, Hortensia, trataba de alcanzar una que



—¡Pobre Carlos; como cojea! Y Julia que mal se ha portado con él; le ha sacado hasta el último céntimo, y ahora no le da ni para unas muletas...

se balanceaba pendiente de su rama. Pero la codiciada fruta se hallaba a demasiada altura y los esfuerzos que la joven hacía por alcanzarla resultaban estériles.

Yo le pregunté audaz:

—¿Quieres que te ayude?

Como ella asintiese, oprimí con mis manos su cintura, Hortensia dió un salto y logró así su deseo.

—Gracias—me dijo con singular coquetería, haciendo un delicioso guiño.

Partió en varios gajos la lima y me ofreció uno de ellos; ella tomó otro...

—Pruébala, verás qué rica...

Yo rechacé galantemente el obsequio, diciendo:

—Este no me gusta... ¡Si me quisieras dar el que tienes en la boca?...

Cuando esperaba una repulsa airada, Hortensia respondió en tanto sus mejillas se teñían de vivísimo arrebol:

—¡Toma! Para que digas que no soy complaciente...

Diciendo sí, aproximó su boca a la mía llevando aprisionado el gajo de la lima entre sus menudos dientes de nacar...

Gusté con delicia el fruto del limero, y la exquisitez de la fresa de sus labios...

Epílogo.

Aun parece ser que conserva mi boca la dulzura que hubo de proporcionarle aquella fruta...

Mis manos ansiosas acariciaron las limas que guardara en su seno Hortensia, sobre las que hube de poner repetidas veces los labios con inefable fruición...

Y es que Hortensia, niña o mujer, me dió cuanto pudo darme con aquel beso...

Antonio Moya.

VENUS

Hablan al corazón, de encantamiento la paz solemne de tus negros ojos, la rosa viva de tus labios rojos, la catarata de tu pelo al viento.

Hablan más hondo, de suprema vida, las mórbidas palomas de tus senos, los brazos rudos, por el sol morenos, el vaho quemante de tu piel florida.

Pero dicen aun más que aquestas cosas, los anhelos, las ansias lujuriosas de un cantar que a tu espíritu se enrosque; cuando triste y gentil, bajó la luna, haces de los trigales blanda cuna invocando a los sátiros del bosque.

Angel G. Lugea.

EL VIEJO VERDE

El precio de los fletes.

Los gobernantes de casi todos los países del mundo, contendientes y neutrales, andan poco menos que de coronilla buscando soluciones hábiles y prácticas al problema de la nutrición de sus gobernados, que empiezan a dar señales de desmayo o impaciencia, según la situación económica de cada quisque.

¡Cómo se conoce que esos "quisques" desmayados o impacientes no han vivido en España jamás! En ese hermoso país, digno de mejor suerte, las tres cuartas partes de los ciudadanos pueden competir muy dignamente con eso de no comer cien Papús y todos los camaleones de la tierra juntos. Donde hay un español, hay una necesidad del estómago que sólo aparece en sus rostro con síntomas terribles a la hora de hincar el pico. ¡Qué alardes de frugalidad, de resistencia física! Por eso los Gobiernos españoles no se ocuparán nunca en serio de abaratar las subsistencias, de que un panecillo no tuviera, como actualmente, tanto precio, casi como un traje de torero; un kilo de carne de vaca auténtica, sin viruelas, ni tisis, ni sarampión, vale en España pacífica lo que un automóvil en Berlín ahora; un pollo escuchimizado, doradito a fuego lento y adornado con unas hojitas de berros, tiene hoy en Madrid la misma importancia que la compra de un acorazado en Nueva York. ¿Y unas chuletas de cerdo sin trichina? ¿Y un par de huevos que tengan menos de seis meses de almacenados y no estén hueros?

El mundo entero debía ser español, o por lo menos, estar acostumbrado como los españoles en general a creer que eso de vivir con ciertas comodidades lógicas y necesarias hasta a los gatos, es una fantasía deliciosa, un cuento de hadas o el resultado de una vida de crímenes que quedaran en la más absoluta impunidad. Claro que esto último es lo que menos cree el español, optimista por naturaleza, creyente fervoroso en la bondad, no comprobada, de los demás; pero los hay que creen que si algunos comen y pasean en coche es porque robaron o mataron antes.

Continuemos con el motivo de esta crónica.

Leemos en un periódico extranjero:

"El presidente del Gobierno y los representantes de las fuerzas vivas del país se han reunido en el ministerio de Rela-



—No me lo explico; dicen que yo ando en malos pasos, pues, no será porque tenga defectos en los pies.

.....
 ciones exteriores para ponerse de acuerdo con los gerentes de algunas casas na-

Chiste viejo.



Ella.—¡Le recomiendo a usted mucha calma en ese asunto! ¡Qué no conoce usted la vida!

El.—Efectivamente, marquesa; en mi vida me las he visto más gordas.

.....
viera respecto al abaratamiento de los fletes."

No nos explicamos claramente el verdadero motivo de la reunión de tanto empingorotado personaje. Con que cualquiera de ellos se diera una vueltecita por París, regresaría a su patria con la solución deseada. A simple vista, lo acabado de anchar parecerá muy raro. Sin embargo, nada tan exacto como esto. Los fletes en París—existe el Sena, vía húmeda, fluvial, que comunica con el mar—; los fletes en París están tirados, a un precio inverosímil, cómico, ridículo, a fuerza de ser barato. Al extremo de que es preciso utilizar los servicios de las casas armadoras para convencerse de lo que decimos. Y en eso estriba el negocio: en la importancia económica del arte.

Yo tengo un amigo, comerciante muy modesto, que en época de paz, se hacía a pulso, y él solito, cuanto necesitaba en

ese sentido. Pues hoy, mi hombre abona unos cuantos, muy pocos francos, y disfruta como un sibarita, y hasta exige de modo determinado de que le hagan cuanto desea. ¡Cualquiera convence a este francés de que con el conflicto europeo no le ha venido lo que deseaba!... Es natural. Como que su modesto negocio en otra época es hoy una casa grande, y se pasa la vida fletando en las barcazas del Sena. Su esposa, una lorenésa descacharrante, me decía la otra tarde, a propósito del negocio de su marido:

Según él, las cosas marchan en casa mucho mejor. Pero, amigo mío, mi marido se ha desmejorado mucho desde que los fletes están al alcance de su fortuna. Fíjese usted en él. Está descolorido, demacrado. Yo creo que trabaja más de lo que puede. ¡Con decirle a usted que cuando cae en la cama duerme como un tronco!... Y hasta en sueños trabaja su imaginación pensando en lo mismo. Anoche le oí decir con cierta alegría: "¡Madame Margeritte! ¡oh! ¡tres jolies!" Y cuando al día siguiente le pregunté el significado de estas palabras, contestó muy ufano: "Es el nombre de la nueva casa naviera que desde mañana se encargará de mis fletes."

¡Quién hubiera dicho nunca, al ver este río de aguas sucias, que en esta época de desolación para Francia, iban a constituir sus orillas, dueñas hoy de casas armadoras de importancia una tan sas armadoras importantísimas una tan grande fuente de riqueza! Vengan aquí los que de transportes marítimos se ocupan hoy en el extranjero y conocerán el modo de abaratar los fletes.

Alvaro Garcés.

París, 25-2-915.

DO ROSA

.....
Ya se ha muerto. Noticias de la guerra que trajo el empolvado caballero, dicen que en Flandes sucumbió el guerrero regando con su sangre aquella tierra.

Una carta le han dado: "Dios lo quiere. Es mi sino morir, muero rabiando, que al caer al abismo el que está amando, el corazón del que se queda hiere."

La princesa está enferma. Ha despa-
[chado al bufón, que a sus plantas enroscado recitábala cuentos de Boccaccio.

Ya no anhela saber nada de nada, que quisiera ser muerta y enterrada para vibrar con él en el espacio.

Angel G. Lugea.

AUREA

Has caído por fin. Tu resistencia duró lo que la rosa en los rosales, que a los primeros soplos invernales se entrega deshojada a la inclemencia.

Has caído por fin. Quisiste avara guardar el corazón inmaculado

para el César Augusto, que grabado en tu mente, creiste que te amara.

Cansada de mirarte en el espejo te enroscaste a las carnes de ese viejo impotente al amor y al sacrificio.

Si ahora pides perdón a las estrellas, mira en la arena del jardín las huellas de las ricas sandalias de Vinicio.

Angel G. Lugea.



La cocinera. —¿No quería la señora que la enseñara la compra? Mire que conejo más hermoso.

La señora. —¡Uy, qué sucio está y qué despeinado!

La cocinera. —¡A ver si cree la señora que los conejos tienen cuarto de baño en el monte!

La Dirección de EL VIEJO VERDE encargó a nuestro compañero Fernando Luque que hiciera una cosa de "Las cuatro estaciones" para nuestro número almanaque publicado en 22 de Diciembre del pasado año.

Bueno; pues hace cuatro días se presentó en la Redacción, y sacando del bolsillo unas cuartillas dijo: ¡Ya está aquí esto! "Esto" eran "Las cuatro estaciones", y... allá van dos de ellas.

VERANO

Que no se me hable del verano. Una mujer que suda es una foca.

Esto no se me quita a mí de la cabeza, ni con forceps.

Hay un sudor tenue, un sudorcito que abrillanta y suaviza la piel; ése, pase.

Un ujier.—¡Que pase el sudorcito!

El sudorcito.—Voy.

Y pasa.

Ya ha pasado.

Bueno; pero hay otro que proporciona al cuerpo la apariencia de una destilería.

Ese no pasa ni con vale de la Jeñatura.

Por regla general, las mujeres bien "repartidas" de carnes jadean en todo tiempo; pero en el estío, ¡ay, dioses irritables!, sus poros abren la boca y empiezan a babear de un modo abusivo...

En el estío no puede durar un abrazo más de tres segundos, porque, pasado ese tiempo, las mujer es un rollo de "Tanglefoot".

¿Es verdad, o no es verdad?

¡Pues claro, hombre

A mí que no me hablen del verano.

INVIERNO

Se me viene a la memoria un hecho histórico de mi vida.

Fué en el africano seno de un cine. Por especial favor de la Providencia, que es visita de casa, me tocó al lado una ración de hembra rubia que galvanizaba de bonita.

Bueno; esto lo he dicho mal. He dicho que "me tocó", y fué, precisamente, "vi-versa".

Establecí el contacto apoyando uno de mis pies en otro de los suyos, y para que se compenetrase bien de mi estado de alma, empecé a frotra su zapatito con mi bota. (Una bota de 13,50. Palabra.)

No bien había inaugurado la fricción, la criatura volvió hacia mí su cabecita, y me clavó en mitad de un moflete una mirada fiera. Y este trisílabo desconcertante:

—¡Logrero!

Geroglífico.



El.—Lo que me molesta son esos dos reales de pico

No me azogué, sin embargo. Muy a la inversa, sentí el chispazo de la idea, y con la serenidad de Giordano Bruno ante los inquisidores, repuse, haciéndome el sorprendido:

—¡Ay! ¡Perdone, joven!... Es que tengo, ¿sabe usted?, un sabañón en el meñique, y creí que su piececito era una pata de la silla.

—Pues, hijo; estaba usted haciendo oposiciones a un tortazo.

—¿De veras? ¡Concho!... ¡Hay que ver lo que son las cosas! ¿Verdad?

—Eso dicen.

(Pausa.)

—Si tiene usted capricho en "atizarme, por mí que no quede, ¿eh? Ahora, que en vez de torta, preferiría una chuleta. Me sientan mejor.

—Si yo le doy a usted un golpe, tiene usted "pa" un mes con la convalecencia.

—¡Ay, qué "guasiva"!

—Pues anda, que usted, ¡ni el "Sui Géneris"!

"Aquello" terminó en que nos entendimos.

Momentos después hacíamos engrudo de arroz para pegar unos pasquines anunciando nuestras bodas.

Nuestros corazones... me callo. Iba a salirme por un artículo a lo Zamacois.

El invierno tiene sus encantos. No lo olviden ustedes.

Fernando Luque.

sueño.

o Anoche tuve un sueño dulce e intenso: soñé que entre mis brazos te tenía, y en un espasmo de placer inmenso, tus pupilas quedaron en suspenso y estrujaste tu boca entre la mía.

Eso soñé, mi vida; y ahora veo la amarga realidad, que triste lloro, y es que en tu imagen sueña mi deseo como piensa el avaro en su tesoro.

Manuel de Bilbao.

El primer número de FRIVOLA publica originales de La Argentinita, de Luis de Tapia, José Francés, Emilio Carrere, Diego San José, Leopoldo Bejarano, Joaquín Belda, Fernando Luque, Juan González Olmedilla, Manuel Guío, Angel G. Lugea y otros, y dibujos de Penagos, Tovar, Rincón, Jaime, Demetrio y otros.

Un buen amigo.

Fuertes los bigotes a la borgoñona, fiero el entrecejo y el aspecto fiero, son las arrogancias de este caballero, célebre en Flandes, Madrid, Barcelona...

Parece que el diablo mueve su tizona, que sus gentilezas le prestó un trovero, que Dios, en la frente, le puso un lucero para embrujamiento de alguna infan-
[zona.

Doquiera sus pasos echó a la aventura, guiólos mimosa la Buenaventura, y hasta murmuraron que nació de pies.

Pues bebió en la boca de cuatro prin-
[cesas el almibar sacro de las rojas fresas que hay en los jardines regios de Aran-
[juez.

Angel G. Lugea.



El.—¿Me dejas subir a tu casa?

Ella.—¿A estas horas, hombre? ¿Qué vas a hacer hasta que se haga de día?

El.—¡La verdad, no había caído; pero... ya me las ingeniaré para no aburrirme!

CRONIQUELLA

“Para ellas, aunque provoque su indignación.”

Sería un gran placer para mí que ésta mi crónica produjera la indignación de gran número de mujeres; porque lo mismo éstas que nosotros los hombres, cuando nos indignamos contra alguien, odiándole, maldiciéndole, es que adquiere beligerancia. Conseguir ésto de una mujer, es haber conseguido mucho, porque las mujeres son lo mismo cuando aman que cuando odian.

Al menos para nosotros los hombres, los efectos de los odios femeninos, son iguales, al final de la jornada, que los de sus amores, si sabemos aprovecharnos de los primeros.

Yo conocí a una mujer que odiaba mortalmente a un hombre, y todo su pensar dedicábale a hacer el mayor daño posible al odiado. Tras de torturar incesantemente su cerebro, resolvió el problema, entregándose, como terrible venganza, al hombre odiado.

Las mujeres tienen una gran intuición



Una.—Hace dos años que nos conoces y nunca nos has invitado a cenar. ¿Es que no te gustamos?

El.—Me gustáis una muchedumbre; pero como siempre estáis juntas... vamos, no es por pagar tres cubiertos... pero... que no puede ser.

para el mal. “El” se enamoró de “ella” y... ¿para qué os voy a aburrir contándoos los sufrimientos que padeció el infeliz? Murió muy joven. Saber ésto os bastará.

El desdichado era un perfecto idiota. Porque, decidme: ¿Cuánto no hubiese gozado aquel hombre si en vez de enamorarse en serio de aquella mujer no hace mas que fingir el amor?

Si no es una infantilidad pedir os a vosotras, mujeres, que penséis un momento, hacedlo y os convenceréis. Es decir: mejor será que os lo explique.

Si aquel hombre hubiera fingido amor, se hubiera divertido mucho.

“Ella”, impulsada por su perversa intención, se entregó a “él”; pero cuando se hubo convencido de que era suyo, porque la amaba, comenzó la venganza. Amantes por todos lados; derroche de dinero; odios a todo trapo. ¡Una tontería! “El”, a no ser todo lo idiota que era, llegado este momento debió demostrarla que la había tomado como una diversión, que le tenía completamente sin cuidado, y luego, marcharse sin volver la cabeza, riéndose lindamente.

¿Qué tal? Esto hubiera sido conseguir un entretenimiento para toda su vida, porque ella, herida en donde más dolor la produce, su vanidad no hubiera cesado en su afán de apoderarse de quien se reía de ella. Podéis adivinar lo demás.

Yo tengo gran autoridad para hablar del odio de las mujeres, porque he recibido de él pruebas tan admirables, que me han divertido mucho. Os doy mi palabra de honor; esa pasión constituye para mí una de mis más amadas diversiones. Y no digo la que más, porque ésta es la de inspirar el odio.

Claro que esto hay que saberlo hacer y, sobre todo, no confundir el odio con el desprecio. Un hombre que inspire desprecio a una mujer, puede asegurar que ha muerto para ella.

El odio no se inspira negándose a comprarlas un vestido o un frasco de esecia; diciendo que amamos a una en vez de amar a otra. Nada de esto las causa sensación. Si no unos, otros las comprarán los caprichos que ellas quieran, y respecto a que las amemos o no... ¡vay!, las tiene completamente sin cuidado nuestro amor. Porque hemos de convencernos de que las mujeres desprecian olímpicamente nuestros sentimientos. Para ellas es bastante verse deseadas, vernos enloquecidos por sus encantos corporales. Y aquí está el quid de saber inspirar odio a una mujer.

ANITA JOFRÉ



Baila el *tango argentino* como nadie; así, como nadie. Y está *modelada* como pocas.

Yo gozo mucho cuando logro ésto. Tengo sobre varios un odio femenino que me divierte de una manera loca.

Por su posición social, no podemos estar en contacto ella y yo; pero no

pasa día sin que lleguen a mí los efectos de esa pasión, que he conseguido despertar. Las amigas de ella y las mías, nuestros conocidos, todo el mundo, en fin, que tiene algún trato con



La portera.—Lo mejor será que hablen con la dueña de la casa.

El caballero.—¿Y usted cree que me lo rebajará?

La portera.—A casi todos los inquilinos se lo ha rebajado.

nosotros, cuando me ven, impulsados por esa amable condición humana que nos hace decir todo aquello que a nuestro juicio puede molestar, me repiten las palabras con que me obsequia. ¡Y qué palabras! "Ladrón, miserable, bandido, ingrato, falso, nulidad, perverso, canalla..." Bueno, ustedes pueden seguir poniendo adjetivos, todos ellos lo más calificativos posible en sentido denigrante.

Saber ésto, causándome un intenso placer, no le colma. Cuando más gozo es sabiendo que se ha afanado para destruir cariños míos; que ha puesto en tortura su cerebro para acarrearne perjuicios; que no desperdicia ocasión de poderme los hacer. ¡Oh, ésto es verdaderamente encantador! Saber que una mujer nos dedica parte de su vida, que labora para nosotros; que nuestra persona ocupa un lugar en su imaginación y en sus sentimientos, es un placer, y es inmenso cuando se la puede pagar con el desprecio, que significa tomarla como inspiración para una de estas crónicas de EL VIEJO VERDE.

Esto resulta muy divertido, y más cuando se sabe que ese odio tiene por causa el haber demostrado a la que nos odia que sus encantos no son para uno; que su cuerpo nos hace el mismo efecto que la piedra de un banco público a las cinco de una mañana del mes de Enero; que sus coqueterías nos parecerían

tontunas impropias; que su falsedad femenina, adorable en toda mujer que nos gusta, en ella era vicio; que veíamos sus defectos...

Todo esto, hecho por un hombre que ellas creen que se halla en la obligación, mas que de amarlas, de adorarlas, es lo que las enloquece de odio, de cuya pasión debemos aprovecharnos cuando podamos y reirnos siempre.

Yo creo que es lo mejor que podemos conseguir de una mujer: su odio, y lo que más nos conviene sentir por ellas: el desprecio. Esto último, después de haber logrado triunfar de sus encantos corporales. Espirituales, no los tiene (?).

Antonio Herreros.

"TODO SE PASA"

Ya pasó, lectores míos, la fiesta del Carnaval, y lo siento muy de veras por no poder yo tirar confettis y serpentinas, esencias y lo demás que en tan popular festejo acostumbran a arrojar de tribunas a carrozas y vivecersa. Además, lo siento porque en los días "dedicaos" al Carnaval, en vez de ir a la oficina a "hincharme de trabajar", me largaba a Recoletos con el fin de "parchar"... (No creas lector querido, que a lo que iba es a sobar a las "gachis", pues tan solo marchaba el bombo a tocar en una murga, y por eso digo lo de "parchar".)

* * *

Todo "se pasa" en la vida: la dicha y el bienestar, el placer y la alegría, la juventud y el gozar, y por "pasarse", ya todo, también llegase "a pasar" el arroz si la criada entretiénese "en pelar la pava". Únicamente lo que no podrá "pasar" será este humilde trabajo, pues Demetrio lo leerá, y en vez de ordenar se inserte en su VIEJO popular, presumo que en el instante al cesto lo arrojará... ¡y si no me mienta a alguno de los míos, menos mal!

Manuel Molina Ambite.

VIEJO VERDE

Achulando el tipo.

De guateque.

—Muy ricas, señá Gregoria.
—¡Hola, León! ¿Qué hay de bueno?...
—Necesidad de nutrirnos
yo y... ¡Para cacho e cielo!...
Que vea la señá Gregoria
que se ha quedao el firmamento
sin sol, sin luna ni estrellas,
sin azul y sin luceros,
porque han bajao a la tierra
en tus ojos.

—¡Gracias, negro!
—¡Negra! Y si llegara un hombre
con toa la pinta e borrego,
topando al entrar, balando
y trayendo entre sus dedos
una horquillita "invisible"
de Albacete, al momento...
—Lo entro ande estén ustés
pa que se calme. ¿No es eso?
—Lo encierra usted en la cueva,
que quiero hablarle en secreto.
—No está mal.

—Venga el menú.
—Judías, pisto, pimientos,
coci, bacalao, croquetas
de seso de buey...

—¡De sesos
de buey quiero una ración,
bien despachá y en un cesto,
pa mandársela en el acto
al sujeto que esperemos
por sí no viene.

—¿Tú crees...
que vendrá estando tú aquí?...
—El dice que es un lobezno
que quié mascarme la nuez
en el crítico momento
que se tropiece conmigo.

—¡A tí, te la va a...
—¡Silencio!...

Y dígame usted ahora.
¿Eso de ahí es un conejo
de verdad u es imitao?
—Un conejazo y bien fresco.
Murió ayer.

—¿De qué?...
—De un tiro.

—¡Qué sé yo!... ¡Está tan serio!...
Me lo quiere usté enseñar
u decirme, por lo menos
si era salvaje
o criaio entre el reizuelo
de su falda?

—Mitá
y mitá.
—Tié gracia eso.



El viejo.—¿Qué: que es eso? ¿Qué le
dices a Juan de la cuarta?

Ella.—¡Nada! ¿Has oído? Pues que
un día que no vengas tú, quiero correr
mucho.

—Eso pué que tenga gracia,
pero tú, ¿tienes dinero
para pagar lo que quieres
consumir ahora aquí dentro?
Porque palique sí traes.
Y no estoy aquí pa eso.
—¿Dudar de mí? ¿Y usted iznora
que Urquijo es un pordiosero
que se descubre a mi paso
por si quiero socorrerlo?
¡Ahí van dos plumas!

—¿Pa qué?
—Pa que se adorne el sombrero
su marido, si es que puede
como puedo yo, ponérmelo.
(¡Nos ha mingitoricado
esta señora!...)

—¡Qué has dicho!...
—(¡Que me da eso de los nervios,
León!)

—¡Pronto! Dos vermús
de a peseta es lo que quiero,
y si hay ahí algún esclavo,
que venga a servirme.

—Bueno.

Y la luz adelantá,
¿sabes, León? Que los créditos
es moneda que no corre
en este establecimiento.

—Nos vamos de aquí, princesa.

—Sin cenar.

—Pues ya lo creo.

O que se compre unas ligas
de a real y medio el juego
la dueña, y que baile algo
mientras estamos comiendo.
¿Hace, señora?

—¡La luz!

—¿La luz ha dicho? Al momento.

Dos duros en plata y uno
en calderilla.

(¡No, eso

no! Porque la calderilla
va a hacer mucha falta luego.)

—(Tíes razón.) ¿Está bien así?

—Está como el propio cielo.

Al guateque, Leoncillo.

Abre esa puerta. Entra dentro.

Hay de todo; hasta babuchas.

Y avisad, que yo aquí espero
para servirlos.

—Mil gracias.

Y si viene el de...

—¿Los sesos

de buey? Pues na, lo aso

y coméis también cerebro.

—Entra, pequeña.

—¡Grandón!...

—¿Grandón has dicho? Veremos.

El mamá de la cobáis.

Imp. de "El Mentidero,"---Carrera de San Francisco, 13.---Madrid.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Cinco céntimos palabra.

Oye G'oria: si quieres curarte completamente
ese *flujo blanco*, molestísimo y peligroso,
nada más sencillo; pide una caja de KISSEN,
irrigación ideal; pesetas 2,50. Farmacia Coipel,
Barquillo, 1; agradecerás el consejo.—Casilda.

FOTOgrafías artísticas del natural. Catálo-
go (francés o italiano). P. 1 sellos
españoles. Leonard Sucer, 228 Rua
Barao S. Cosme, Oporto, POR-
TUGAL.

Camareras para cervecería de buena parroquia,
buenas propinas; los hay que dan hasta diez
reales.

Hace falta *botones* para calzoncillos.

Señora discreta, desea conocer caballero dis-
cret también. (¡No, que se juega!)

No; no puedo acudir a la cita; recuerda que
estamos a siete.—Lola.

A los artistas; Una señora rubia desea ser mo-
delo de desnudo. Advierte que no es rubia
del todo.

Senorita distinguida y de capital cuantioso,
desea contraer matrimonio. Tiene siete
manchas.

Las doncellas que quieran colocarse bien, que
nos avisen.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida :: Los quince goces del matrimonio.

... :: Misterios y secretos del lecho conyugal ... :: ...

(Dos tomos con grabados.)

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por **cinco pesetas** en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **cinco francos** o **un dólar**.—Los pedidos, con su importe, diríjanse **únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º dra., Madrid** (Casa fundada en 1896).—**Biblioteca privada**.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—**Exportación, por mayor, de Revistas ilustradas y periódicos** a los señores libreros y Corresponsales de España y América.